

NOTAS HISTÓRICAS Y GEOGRÁFICAS

Artículos

EL MAPA COMO REPRESENTACIÓN CULTURAL E INSTRUMENTO DE PODER. CARTOGRAFÍA Y CONOCIMIENTO GEOGRÁFICO EN NUEVA ESPAÑA Y MÉXICO (SIGLO XIX)

MAP AS CULTURAL REPRESENTATION AND POWER INSTRUMENT. CARTOGRAPHY AND GEOGRAPHICAL KNOWLEDGE IN NEW SPAIN AND MEXICO (NINETEENTH CENTURY)

Mario Jocsán B. Aréchiga Carrillo

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

jocsamad@hotmail.com

Recibido el 23 de marzo de 2018

Aceptado el 18 de junio de 2018

RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo hacer una aproximación a la cartografía y al conocimiento geográfico en Nueva España y México en el siglo XIX, partiendo del supuesto de que toda obra cartográfica es una representación cultural y un instrumento atravesado por relaciones de poder.

PALABRAS CLAVE: cartografía histórica - Nueva España - México - representación cultural

ABSTRACT

This article aims to make an approach to cartography and geographical knowledge in New Spain and Mexico in the nineteenth century, based on the assumption that all cartographic work is a cultural representation and an instrument crossed by power relations.

KEY WORDS: Historical cartography - New Spain - Mexico - cultural representation

Para citar este artículo:

Aréchiga Carrillo, Mario. "El mapa como representación cultural e instrumento de poder. Cartografía y conocimiento geográfico en Nueva España y México (siglo XIX)". *Revista Notas Históricas y Geográficas*, 20, enero-junio, 2018: pp. 122-141

1. INTRODUCCIÓN¹

Cuando se abordan cuestiones de geografía, territorio o espacialidad, es usual el empleo de recursos cartográficos (mapas, planos, derroteros, imágenes satelitales, atlas, etc.), pues se les ve como una representación fiel de algún espacio geográfico específico. Sin embargo, muy pocas veces se tiene consciencia de que dichos artefactos visuales están atravesados por aspectos que tienen que ver con las relaciones de poder, el contexto socio histórico en el cual fueron elaborados, así como elementos subjetivos de quien elabora dichos objetos (es decir, del cartógrafo). A través de este trabajo busco hacer una serie de consideraciones y reflexiones en torno a los mapas tomando en cuenta las nociones antes mencionadas, para sobrepasar la visión tradicional de éstos como una representación fiel, objetiva y técnico-científica del espacio. Esto con el objetivo de mostrar cómo la producción de conocimiento geográfico y de obras cartográficas está indisociablemente ligada a contextos socioculturales específicos y a relaciones de poder, particularmente en los casos novohispano y mexicano en el siglo XIX. Para ello haré uso de algunos textos de teóricos que se han aproximado –directa o indirectamente– al tema. En particular retomaré los planteamientos de un estudioso de la cartografía llamado J. B. Harley (que a su vez retoma algunos postulados de Michel Foucault), los cuales esbozan una redefinición epistemológica en cuanto al estudio de los mapas. De esta manera, el trabajo se integra por dos partes. En la primera me referiré a la cuestión de las representaciones culturales y la historia cultural, y por qué considero que los mapas pueden ser estudiados y entendidos desde esa perspectiva. En la segunda parte abordaré la idea de los mapas como instrumentos de poder, analizando el caso de Alexander von Humboldt, en el último tramo del periodo virreinal, así como el de algunos personajes y asociaciones científicas en el México independiente.

Pese a que los trabajos de J. Brian Harley datan de las décadas de 1980 y 1990, ha habido relativamente pocos estudios que parten de los postulados y planteamientos sugeridos por él en sus trabajos sobre historia de la cartografía. Con ello no quiero decir que haya que tomar sus consideraciones sobre ese tema para

¹ Este trabajo se desprende del proyecto de investigación de Maestría en Humanidades del Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (Becario CONACYT).

aplicarlas al caso de la cartografía en México o en América latina así sin más.² Más bien creo que es un autor de referencia fundamental en cuanto a problematizar, cuestionar y estudiar toda producción cartográfica desde ciertos ángulos que pueden permitir entenderla con mayor profundidad. Considero que es un autor clave para entrar en temas de cartografía histórica: sus trabajos y planteamientos son, sin duda, un parteaguas en el estudio histórico de la cartografía, pues significaron un viraje epistemológico importante en cuanto a mapas se refiere. Revisemos a continuación en qué consiste tal viraje en términos generales.

Como bien señala dicho historiador, “aunque durante mucho tiempo los mapas han sido fundamentales en el discurso de la geografía, casi nunca se leen como <<ladrillos>> de texto o como una forma de conocimiento construida socialmente”.³ Quiero empezar con esta cita puesto que plantea una cuestión fundamental para este trabajo: la idea de que los mapas son 1) discursos, y 2) conocimiento. En tanto objetos, los mapas condensan una serie de saberes (fundamentalmente asociados al espacio) y por ello mismo, poseen conocimiento, lo cual los dota de poder –según la perspectiva de Michael Foucault–⁴. Por lo tanto, los mapas son discursos visuales que están atravesados por relaciones de poder (que parten de un conocimiento y noción del espacio), las cuales, a su vez, pertenecen a la dimensión sociocultural del contexto en el cual se elaboran. En ese sentido, “tanto en la selectividad de su contenido como en sus signos y estilos de representación, los mapas son una manera de concebir, articular y estructurar el mundo humano que se inclina hacia, es promovido por y ejerce una influencia sobre grupos particulares de relaciones sociales”.⁵

² Puede verse un balance sobre la utilización de los postulados de Harley en Sebastián Díaz Ángel, “Aportes de Brian Harley a la nueva historia de la cartografía y escenario actual del campo en Colombia, América latina y el mundo”, *Historia crítica*, septiembre-diciembre 2009; e Irma García Rojas, “El estudio histórico de la cartografía”, *Tawká. Revista de Historia*, primavera 2008. Un ejemplo de una compilación de estudios sobre cartografía en el caso iberoamericano, partiendo de una visión crítica y analítica puede encontrarse en Hector Mendoza Vargas y Carla Lois, coords., *Historias de la cartografía en Iberoamérica. Nuevos caminos, viejos problemas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2009.

³ J. B. Harley, *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía* (México: Fondo de Cultura Económica, 2005), 79.

⁴ Michel Foucault, “El sujeto y el poder”, *Revista Mexicana de Sociología*, julio-septiembre, 1988, 7.

⁵ J. B. Harley, *op. cit.*, 80. De igual manera, este autor menciona que “algunas de las implicaciones prácticas de los mapas pueden caer también en la categoría de lo que Foucault ha definido como actos de vigilancia, especialmente los relacionados con la guerra, la propaganda política, la definición de fronteras o la preservación de la ley y el orden”. *Ibid.*, p. 82.

El propio Harley sintetiza la vinculación entre el conocimiento y el poder en los mapas afirmando que “la cartografía es un discurso, un sistema que ofrece un conjunto de reglas de representación del conocimiento que toman forma en las imágenes que definimos como mapas y atlas”.⁶ Es decir que en tanto forma de conocimiento, los dispositivos cartográficos reproducen y producen poder sobre el espacio. Dicho historiador ha mostrado cómo este proceso de apropiación y definición del espacio en papel vía la producción cartográfica, afectó las dinámicas sociales y económicas del “Nuevo Mundo”, pues la expansión europea sobre América sentó sus bases en los conocimientos geográficos y en su representación visual – cartográfica–. Incluso, las tensiones políticas y la diplomacia pasaron muchas veces a través de los mapas.

2-EL ESTUDIO DE LA CARTOGRAFÍA, ¿DESDE LA HISTORIA CULTURAL?

El punto central de este artículo tiene que ver con pensar los mapas no como una representación fiel y objetiva de la realidad, sino como una suerte de imagen en la cual el cartógrafo plasma su imaginario, es decir, su manera particular de ver el mundo, el espacio, el territorio. En ese sentido, quiero hacer referencia al historiador cultural Roger Chartier, quien hace un llamado a leer y analizar los documentos (es decir, las fuentes históricas, cualesquiera que sean) de manera menos inmediata y literal.⁷ En el caso de los mapas, es común que se recurra a ellos considerándolos una representación de la realidad espacial. Muchas veces se les incluye de manera un tanto inadvertida como anexos o apéndices de estudios de índole histórica, antropológica, geográfica, etc. Sin embargo, rara vez se hace una aproximación más detallada al tipo de cartografía del que se trata, y menos aún se cuestiona sobre sus condiciones de producción, sobre quién lo produjo y sobre los elementos que muestra –y los que no muestra–. Pareciera, pues, que un documento cartográfico es una prueba fehaciente de que una cosa (un espacio) era de tal manera, de que no existía más población que la que ahí se señala, o que la disposición de las tierras o de los recursos naturales pasó a ser representada fielmente de la realidad objetiva al mapa. En ese sentido, las propuestas metodológicas y epistemológicas de Brian

⁶*Ibid.*, p. 203.

⁷ Roger Chartier, “La nueva historia cultural”, en *El presente del pasado. Escritura de la Historia, Historia de lo escrito*, (México: Universidad Iberoamericana, 2005), 14.

Harley me parecen bastante significativas y útiles –a pesar de haberlas formulado hace un par de décadas–. Este historiador de la cartografía consideraba, “que los mapas son una parte de la familia más amplia de imágenes cargadas de valor. De este modo, he renunciado a entender los mapas como registros inertes de paisajes morfológicos o como reflexiones [y registros] pasivas del mundo de los objetos [...] Tanto en la selectividad de su contenido, como en sus signos y estilo de representación, los mapas son una manera de concebir, articular y estructurar el mundo humano [...]”.⁸ En este sentido, y para pensar en la categoría de representación, los mapas son un lenguaje visual, un discurso gráfico que plantea una serie de ideas sobre tal o cual espacio a través de figuras, esquemas, dibujos, signos, leyendas, etc. Por ello, todo mapa es en sí mismo una representación gráfica del espacio; ese es el significado que usualmente se le atribuye. Pero es más que eso. Según he venido diciendo, toda obra cartográfica está cargada de valores, de ideas, nociones y conocimiento: de una manera de ver el mundo. De ahí la importancia de tomar en cuenta al cartógrafo, pues es él quien plasma necesariamente aspectos subjetivos en su obra, los cuales tienen que ver con esa manera particular de ver el mundo.⁹ En este sentido, la representación –como categoría de análisis de la Historia cultural– juega un papel fundamental aquí, pues los mapas no son sólo una representación visual de la realidad espacial, sino que exteriorizan las representaciones (ideas, valores, saberes) que se encuentran en el entramado mental del sujeto que los elabora –es decir, el cartógrafo–, las cuales tienen que ver con su contexto social y cultural.

En este sentido, considero a los mapas como objetos que contribuyen a construir una idea del espacio y del territorio en los cuales se muestra el imaginario del cartógrafo. Por ello, creo importante pensar en la cartografía no sólo como un reflejo del contexto social y cultural del cual emana, sino como objeto en el que se produce –y que reproduce– una visión de la realidad espacial; es decir, como instrumento que representa el espacio y que, en ese mismo acto de representar, produce una manera de ver el mundo, el territorio, el país, la nación, etc. Harley apunta a estudiar el mapa con detenimiento, “para identificar no sólo un nivel literal o superficial de significado [en la imagen cartográfica], sino también uno más

⁸ J. B. Harley, *op. cit.*, 80.

⁹ Magali Carrera plantea esto en términos de “imaginación cartográfica” o “imaginario del cartógrafo”. Cfr. *Traveling from New Spain to Mexico. Mapping practices of nineteenth-century Mexico* (USA: Duke University Press, 2011).

profundo, por lo general asociado con la dimensión simbólica el acto de enviar o recibir un mensaje. Un mapa puede llevar en su imagen un simbolismo asociado con el área, el aspecto geográfico, la ciudad o el lugar específico que se representa”.¹⁰ En ese sentido, la cartografía posee un nivel simbólico que contribuye, justamente, a producir una idea del mundo a partir de jerarquías, valores, relaciones de poder, etc. El acto de representar un espacio en un mapa implica un proceso de construcción de lo que se está representando, pues se ordena, clasifica, orienta y da un sentido al espacio representado: “lejos de fungir como una simple imagen de la naturaleza que puede ser verdadera o falsa, los mapas redescubren el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales”.¹¹ En este sentido, un mapa tiene una doble dimensión: una instrumental, vinculada al proceso técnico mediante el cual se elabora, y una simbólica, la cual responde al imaginario de quien hace el mapa:

*“el mapa instrumento, de carácter informativo y práctico, y el mapa imagen, el cual alberga una abstracción, un esfuerzo intelectual de construcción de un instrumento con fines prácticos pero revestido también de un carácter intangible como imagen, lo que lo convierte en una representación que integra las interpretaciones cosmológicas, políticas o religiosas, centradas en el mundo de aquel que lo dibuja”.*¹²

En suma, las consideraciones anteriores constituyen el marco que he logrado articular entre las propuestas metodológicas de la Historia cultural y el estudio de la cartografía. Por lo tanto, la noción de representación adquiere para mí esa doble connotación a la hora de articular ambas cosas. Es decir, la empleo para analizar cómo en una obra cartográfica hay una relación entre “lo de adentro y lo de afuera”¹³, esto es, entre las representaciones del cartógrafo –como observador de la realidad objetiva/espacial– y la representación que lleva a cabo en su mapa, la cual, además, se inscribe en un contexto de prácticas cartográficas (ligadas a tradiciones de

¹⁰ J. B. Harley, *op. cit.*, 81.

¹¹ *Ibid.*, 61.

¹² Vladimir Montoya Arango, “El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía”, *Universitas Humanística*, enero-junio 2007, 157.

¹³ Guillermo Zermeño, “Giro crítico de la historiografía”, en: *Escrituras de la Historia. Experiencias y conceptos*, coords Laurence Coudart y Luis Gerardo Morales Moreno, (México: Editorial Itaca/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2017), 70.

conocimiento geográfico, como veremos), vinculadas al Estado y a personajes, instituciones y academias científicas. De ahí que la propuesta de Harley sea estudiar la cartografía histórica desde perspectivas culturales dado que “todos los mapas son culturales porque manifiestan procesos intelectuales definidos como artísticos o científicos en la medida en que trabajan para producir un tipo característicos de conocimiento”.¹⁴

3-UN ACERCAMIENTO AL VÍNCULO ENTRE CARTOGRAFÍA, CONOCIMIENTO GEOGRÁFICO Y PODER. NUEVA ESPAÑA Y MÉXICO, SIGLO XIX

Harley sintetiza la vinculación entre el conocimiento y el poder en los mapas afirmando que “la cartografía es un discurso, un sistema que ofrece un conjunto de reglas de representación del conocimiento que toman forma en las imágenes que definimos como mapas y atlas”.¹⁵ Es decir que en tanto forma de conocimiento, las obras cartográficas reproducen y producen poder sobre el espacio. Dicho historiador ha mostrado cómo este proceso de apropiación y definición del espacio en papel vía la producción cartográfica afectó las dinámicas sociales y económicas del “Nuevo Mundo”, pues la expansión europea sobre América sentó sus bases en los conocimientos geográficos y en su representación visual –cartográfica–. Incluso las tensiones políticas y la diplomacia pasaron muchas veces a través de los mapas.

El desarrollo de la cartografía tuvo un impulso importante durante la primera ola de expansión colonialista de la Europa occidental sobre el resto del mundo entre los siglos XVI y XVIII. Fue en aquellos siglos cuando el conocimiento geográfico plasmado en las obras cartográficas adquirió un papel medular y estratégico en la dinámica de expansión, exploración, colonización y control de nuevos territorios, así como en los conflictos entre las potencias europeas en su intento por fijar las demarcaciones de sus imperios, el control de rutas de navegación y comercio, y los conflictos bélicos derivados de dichos procesos históricos.

Con el mapa colonial se fundó Occidente y se inició el proceso de asignación de un sentido cardinal a la diferencia/subalternidad. La rápida expansión del mundo conocido marcó el inusitado interés en la representación precisa de los horizontes hacia los cuales dirigir el ímpetu conquistador, mientras que la tensión política

¹⁴ J. B. Harley, *op. cit.*, 72.

¹⁵ *Ibid.*, 203.

inherente a la expansión colonial de las potencias marítimas europeas encontró en la cartografía un escenario esencial de expresión. El desarrollo de mapas precisos que describieran con exactitud la forma, el tamaño y la ubicación de los territorios descubiertos, y que a la vez permitieran inferir y diagramar los potenciales recursos e intereses del poder colonial en su estabilización, integración y dominio, convirtieron a la cartografía en un saber estratégico y con un gran peso en la determinación de las relaciones multilaterales del poder.¹⁶

Un ejemplo bastante ilustrativo nos lo da el mapeo que se hizo de la Nueva España en los siglos XVII y XVIII. La producción de mapas estuvo a cargo de personas –científicos, viajeros, autoridades civiles y eclesiásticas– vinculadas al Estado monárquico español. En ese sentido, resulta bastante significativo que hubiera mayor número de obras cartográficas hechas por personas enviadas desde la península por parte del gobierno español, que las que se hicieron en territorio novohispano.¹⁷ Es decir que la relación de poder y control colonial –sobre todo a partir del siglo XVIII con el gobierno de los Borbones–¹⁸ se expresó en términos de las prácticas de mapeo, pues los intereses administrativos y de explotación de los recursos del Virreinato llevaron a la Corona española a enviar personas para levantar registros, censos y mapear sus posesiones de Ultramar. El saber geográfico –y su traslado a obras visuales y esquemáticas como censos, listas y mapas– resultaba estratégico para el gobierno español metropolitano. Por ello, es posible apreciar cómo los términos de poder político entre metrópoli y colonia se expresaron en términos cartográficos. Aún más, los mapas se consideraban instrumentos estratégicos por lo antes mencionado, y en ese sentido, los gobernantes tanto españoles como virreinales tuvieron mucho cuidado en controlar y resguardar la información sobre sus territorios contenida en los mapas. Ello suscitó robos, contrabando y elaboración de copias ilegales de mapas –sobre todo por parte de las potencias rivales de España–.

En este tenor, es bastante ilustrativo el caso de Alexander von Humboldt, intelectual y científico prusiano que viajó a la Nueva España en la primera década del

¹⁶ Vladimir Montoya Arango, *op. cit.*, 160.

¹⁷ Magali M. Carrera, *op. cit.*, 39 y 62.

¹⁸ En la historiografía de las últimas décadas, este periodo se ha denominado como el de las Reformas borbónicas. Mediante una serie de iniciativas, los gobiernos españoles metropolitanos intentaron afianzar su control sobre sus dominios en América, promoviendo una serie de reformas de corte económico, administrativo y militar.

siglo XIX con auspicio y permiso del rey de España Carlos IV.¹⁹ La labor geográfica y cartográfica de Humboldt fue muy importante y, de hecho, sus mapas y demás escritos que publicó una vez que volvió a Europa, fueron obras de referencia no sólo en cuanto a los conocimientos de América, sino en cuanto a la geografía en sí (a tal grado que algunos lo consideran el padre de la Geografía científica moderna). Lo que me parece muy significativo es el hecho de su vinculación con el gobierno español, pues fue éste quien le alentó y permitió viajar a los territorios españoles en América. Incluso las mismas autoridades –tanto peninsulares como virreinales– le proporcionaron datos y estudios previos de otros personajes sobre diversas cuestiones de las posesiones americanas de la Monarquía española para complementar sus trabajos. Asimismo, el hecho de que Humboldt planteara que sus estudios se harían a partir de la observación directa de la geografía física, de la población y los recursos del Virreinato (y de que todo eso lo plasmara a través de gráficos, mapas, censos y estadísticas), significaba –desde su óptica– que su estudio era de carácter científico. Por ello, a través de la observación, la medición y la cuantificación, Humboldt dotaba a la geografía de un cariz científico, generando un conocimiento válido y verdadero. Por ello, sus trabajos sentaron las bases para el estudio de la geografía desde una particular perspectiva, pues se trató de una visión científica del espacio, en la cual se resalta la dimensión física de éste.

Por ejemplo, en el *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, publicado por primera vez en francés en 1811, el autor hizo énfasis en la localización y dimensiones del Virreinato.²⁰ Es decir, encontramos nociones que tienen que ver con la extensión del espacio que abarcaba el Virreinato, gracias a criterios matemáticos y astronómicos, basados en la utilización de parámetros y escalas de medición tales como paralelos y meridianos. Asimismo, predominan sobre todos los aspectos de la geografía física: clima, terrenos, costas, etc. (si bien en los últimos capítulos aborda cuestiones referentes al tamaño de la población y su composición racial).²¹ De hecho, es posible apreciar que sus estudios y relaciones, producto de sus viajes al interior de la Nueva España, tenían como objetivo medular, conocer y destacar la riqueza

¹⁹ *Ibid.*, 67.

²⁰ Humboldt estuvo en la Nueva España, y viajó por el interior del territorio virreinal entre 1799 y 1804. Posteriormente regresó a Europa y se dedicó a publicar varias obras a partir de los registros, datos e impresiones que obtuvo de su viaje. Cfr. Magali Carrera, *op. cit.*, 67.

²¹ Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre la Nueva España, tomo I*, (París: Imprenta de Paul Reouard, 1827).

natural del territorio novohispano.²² De ahí que en sus *Tablas geográficas políticas del reino de Nueva España*, Humboldt ordenara toda una serie de datos estadísticos del Virreinato y de sus intendencias. El conocimiento estadístico (saber cuánto medía la Nueva España, conocer su cantidad de población y sus recursos naturales en términos de su cuantificación y ubicación) es un aspecto fundamental en su visión de la geografía: los elementos del espacio geográfico pueden ser contabilizados, y de esa manera, es posible controlarlos y administrarlos mejor.²³ Aún más, dichas tablas fueron presentadas (en tanto resultado de los viajes y observaciones del prusiano en territorio novohispano) al virrey José de Iturrigaray. El título completo de esa obra (*Tablas geográficas políticas del reino de Nueva España que manifiestan la superficie, población, agricultura, fábricas, comercio, minas, rentas y fuerza militar presentados al excelentísimo señor virrey por el Barón Alejandro de Humboldt*)²⁴ nos permite ver la estrecha interrelación entre el poder y una manera específica de concebir el espacio geográfico. Es decir, los elementos del espacio novohispano –aprehendidos en términos matemáticos y estadísticos– podían ser contabilizados, medidos y ubicados; con ello, el gobierno virreinal –y el metropolitano puesto que, como ya mencioné, fue el monarca español quien dio los permisos y facilidades a Humboldt para viajar a la Nueva España– podía administrar y explotar de mejor manera los elementos geográficos y demográficos que poseía el Virreinato. Es posible, pues, apreciar la vinculación entre un tipo de conocimiento geográfico (traducido en tablas, gráficos y mapas) y el ejercicio del poder político, o sea, de un saber geográfico que está al servicio de la administración gubernamental.

Otro ejemplo son los mapas que conforman su *Atlas Geográfico y físico de la Nueva España*, pues se enfocan sobre todo en representar el relieve, mostrar caminos

²² *Ibid.*, 1.

²³ Leticia Meyer aborda el tema de la estadística como texto cultural, afirmando que, a través de ella, los intelectuales y científicos del México de la primera mitad del siglo XIX, intentaron usarla como ciencia utilitaria, para prever, para domesticar el azar, en un afán por cuantificar el mundo mediante datos científicos. Véase *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, (México: El Colegio de México, 1999).

²⁴ Alexander von Humboldt, *Expediente 24. Tablas geográficas políticas del reino de Nueva España que manifiestan la superficie, población, agricultura, fábricas, comercio, minas, rentas y fuerza militar presentados al excelentísimo señor virrey por el Barón Alejandro de Humboldt*, 1802-1803, Archivo General de la Nación, Instituciones coloniales, volumen 72, fojas 1-21.

y poblados.²⁵ El autor hablaba en términos de “terrestrial physics”²⁶: “Humboldt investigó en Nueva España la flora y los minerales, realizó observaciones astronómicas, barométricas y cronométricas a través de varios viajes por el interior del reino, entrevistándose con las autoridades regionales para obtener permiso, apoyo e información sobre las costumbres, la población y las condiciones físicas de las localidades que visitó”.²⁷ Es decir, en términos de las representaciones de las que hablé al principio de este trabajo, vemos que, al realizar sus trabajos geográficos y cartográficos, Humboldt trasladó a ellos su particular noción de la ciencia, sus saberes y su manera de entender y concebir el mundo como una realidad física susceptible de ser medida, cuantificada y aprehendida mediante mapas, gráficos y esquemas. Es decir, podemos apreciar un imaginario y perspectivas racionalistas, matemáticas y geométricas que responden al contexto intelectual e histórico particular en el cual estaba inmerso Humboldt.²⁸

²⁵ Alexander von Humboldt, *Atlas Geográfico y físico de la Nueva España*, (París: Imprenta de Paul Reouard, 1827).

²⁶ Magali Carrera, *op. cit.*, 66.

²⁷ Hugo Pichardo, “Hacia la conformación de una geografía nacional: Antonio García Cubas y el territorio mexicano, 1853-1912”, (tesis de Maestría en Historia de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004), 21.

²⁸ Para apuntalar el tema de la cartografía y el poder, es bastante significativa la correspondencia entre Humboldt y el Virrey José de Iturrigaray, en la cual el prusiano le dice (entre otras cosas) que “en el dibuxo [sic] y en mis tablas encontrara Vuestra Excelencia el tamaño y la fuerza política de todas las Intendencias. No se puede juzgar del bien o mal poblado de un pays [sic] sin conocer su área donde la qual su población esta repartida. Noticias que he saccado [sic] del Arzobispado me han facilitado los medios de corregir los errores de la Numeracion del Conde de Revillagigedo y de reducirla al año 1804 epoca del Gobierno [sic] de Vuestra Excelencia...”. Es posible apreciar la estrecha relación entre el gobernante virreinal y el geógrafo, en términos de que sus trabajos pudieran servir para “el Gobierno de estos vastos dominios”. Carta del Barón de Humboldt al Virrey Iturrigaray, 3 de enero de 1803. Carta de Iturrigaray al Barón de Humboldt, 20 de enero de 1804.



Imagen 1. *Carte Du Mexique et des Pays Limitrophes Situes Au Nord et a l'est Dressée d'après la Grande Carte de la Nouvelle Espagne, en Atlas Geográfico y físico de la Nueva España, (París: Imprenta de Paul Reouard, 1827)*

En esta carta geográfica, Humboldt plasmó una visión del espacio físico, ordenado a partir de parámetros matemáticos (el marco que rodea al mapa, e incluso se notan la tenue cuadrícula que atraviesa la carta). Asimismo, se nota su interés por mostrar la división política administrativa interna del Virreinato en intendencias. De igual manera, saltan a la vista los aspectos físicos del espacio: relieves, cuencas hídricas, litorales, etc. Es decir, podemos apreciar el imaginario del geógrafo en términos de una visión racionalista, ordenada, centrada en una idea de espacio físico que puede medirse y cuantificarse para fines de administración, control y explotación de sus recursos.

En suma, desde el enfoque que planteo en este artículo, considero que el vínculo entre el geógrafo/cartógrafo y el Estado, y el hecho de que la labor geográfica tuviera una pretendida veracidad y científicidad, convierten sus trabajos –y en particular, su visión de América, la Nueva España y su geografía– en instrumentos enmarcados en relaciones de poder político, fundados en el conocimiento científico.

Por su parte, los mapas en el contexto del surgimiento y desarrollo de los Estados nacionales durante el siglo XIX, comenzaron a ser considerados como artefactos fundamentales para constituir y delimitar una idea de territorio nacional, así como para marcar –en el papel– toda una serie de aspectos encaminados a la construcción de un ideario nacional espacial. Por ello mismo, los cartógrafos ocuparon un papel medular dentro de los círculos de intelectuales y políticos de cada país: “detrás de la mayoría de los cartógrafos está una persona que encarga un mapa [...] el mapeo pronto se convirtió en negocio del Estado”.²⁹ A raíz de todo ello, los mapas fueron usados para medir el terreno, apropiarse del espacio en el papel, clasificar los elementos de éste y configurar una idea del espacio a partir de una visión unitaria estatal-nacional. “Los cartógrafos producen poder; son los creadores de un panóptico espacial”.³⁰ “Clasificar el mundo es apropiarse de él, de tal manera que estos procesos técnicos [de la práctica cartográfica] representan actos de control...”.³¹

Benedict Anderson señala en su clásico estudio sobre el nacionalismo que, para el caso de los países del sudeste asiático en el siglo XIX, los censos y los mapas fueron usados para controlar de mejor manera el espacio colonizado: “el censo, el mapa y el museo, en conjunto, moldearon profundamente el modo en que el Estado colonial imaginó sus dominios: la naturaleza de los seres humanos que gobernaba, la geografía de sus dominios, y la legitimidad de sus dominios”.³² En el caso del censo, su sentido cuantificador daba la sensación de contar, controlar, clasificar y ubicar a la población que se quería gobernar, o a la población a la que se le podía cobrar impuestos. El mapa, por su parte, también se usó para clasificar, o incluso, para apropiarse del espacio *a priori*.³³ También resulta importante lo que menciona Anderson respecto a que, dada la emergencia de los Estados nacionales a lo largo del

²⁹ J. B. Harley, *op. cit.*, 203.

³⁰ *Ibid.*, 204.

³¹ *Id.*

³² Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2011), 228-9.

³³ Anderson hace referencia a un arqueólogo y geógrafo de nombre Richard Muir, para decir que a diferencia de otro tipo de mapas de épocas previas, en las que los mapas se elaboraban a partir de la exploración y los viajes de quien los elaboraba, en el siglo XIX –en el contexto del imperialismo de entonces– “el mapa se anticipaba a la realidad espacial y no a la inversa. En otras palabras, un mapa era un modelo de esto [...]. Llegó a ser un instrumento real para concentrar las proyecciones sobre la superficie de la Tierra. Un mapa era necesario, ahora, para los nuevos mecanismos administrativos y para las tropas para reforzar sus pretensiones [...]. Véase *ibid.*, 242.

siglo XIX, las obras cartográficas fueron usadas como una especie de memorias y/o biografías espaciales, es decir, para construir una idea de entidades territoriales nacionales con supuestos orígenes y profundidades histórico-temporales.³⁴ Asimismo, en el caso de los mapas elaborados por las autoridades imperiales, fue común la práctica de colorear en los mapas los espacios del dominio colonial: “en los mapas imperiales de Londres, las colonias británicas a veces solían aparecer en rosa y rojo, las francesas en púrpura y azul, y las holandesas en amarillo y marrón”.³⁵ Es decir que algo tan aparentemente natural o neutral como el uso de colores en un mapa, tiene implicaciones ideológicas y simbólicas, vinculadas en este caso al tema del poder y el control de las metrópolis occidentales sobre sus espacios coloniales. Finalmente, este autor señala que las posibilidades de reproducción mecánica en el siglo XIX dieron un nuevo impulso a la elaboración, multiplicación y difusión de mapas, lo cual los volvió una especie de emblema del nacionalismo y/o del imperialismo decimonónico. En suma, tanto el mapa como el censo, tuvieron como fin fungir como instrumentos de control y administración de la población y el espacio al cual representaban –en el caso del estudio de Anderson en las zonas asiáticas controladas por las potencias occidentales–.

La producción cartográfica que emergió en el contexto de la formación de los Estados nacionales apuntalaba la idea de un territorio homogéneo y ordenado, cuyos espacios y fronteras estaban demarcados, y dentro del cual, la cultura nacional se pretendía homogénea:

*“La representación del mundo como un conjunto de países, tal como aparece en la mayoría de los mapamundis, concibe el espacio como inherentemente fragmentado, dividido por medio de diferentes colores en las diversas sociedades nacionales, cada una enraizada en su propio lugar [...] la idea de que cada país encarna una cultura y una sociedad que le son propias y distintivas, se encuentra tan difundida, y se asume tan naturalmente, que los términos cultura y sociedad suelen anexarse sin más a los nombres de los estados-nación”.*³⁶

Por su parte, la historiadora Magali Carrera señala que los mapas ocuparon un lugar importante dentro de la cultura visual decimonónica mexicana. En el

³⁴ *Ibid.*, 244.

³⁵ *Id.*

³⁶ James Ferguson y Akhil Gupta, “Más allá de la <<cultura>>: espacio, identidad y las políticas de la diferencia”, *Antípoda*, n° 7, julio-diciembre, 2008, 235.

contexto de la construcción del Estado mexicano del siglo XIX, los mapas fueron fundamentales. Según su estudio y análisis, la capacidad de reproducción material otorgada por la imprenta, la litografía, los daguerrotipos y, para el último tercio del siglo, la fotografía, le dio a la producción de mapas un importante impulso. Asimismo, señala cómo a través de la comercialización de los mismos, su muestra en ferias y exposiciones –tanto nacionales como internacionales– se dio una mayor circulación de los mapas, lo cual ayudó a difundir las nociones del espacio nacional plasmadas en ellos.³⁷

Ahora bien, en ese contexto, figuras como Manuel Orozco y Berra y Antonio García Cubas resultan medulares. No sólo por ser de los principales cartógrafos y geógrafos de la época, sino por su vínculo con el poder político y las instancias científicas vinculadas al Estado. A través de instituciones como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística o las Comisiones de Límites, el Estado mexicano en formación –independientemente de su filiación política monárquica o republicana, liberal o conservadora– tuvo a la geografía y la práctica cartográfica como cuestiones estratégicas y recurrió a la labor de los geógrafos. Al querer definir un territorio nacional, proyectar una idea de nación en él, administrar sus recursos de manera eficiente y aprovechar al máximo los elementos naturales del país, los diversos gobiernos mexicanos de la época apoyaron, dirigieron e impulsaron una serie de empresas geográfico-exploradoras, así como la sistematización del conocimiento espacial-geográfico. En consecuencia, la producción de mapas –para visualizar y ordenar en el papel todos estos aspectos– devino una labor cardinal. En ese sentido, los trabajos de Orozco y Berra y de García Cubas tuvieron un respaldo político e institucional que les permitió desarrollar sus trabajos como geógrafos. De ahí que sus obras cartográficas devinieran estratégicas para el proyecto de territorializar e imaginar la nación mexicana (que era inexistente antes del siglo XIX). Justamente en esa labor de conformar una imagen del territorio, los mapas adquirieron un poder bien importante, pues visibilizaron algunas cosas, aunque invisibilizaron otras; jerarquizaron el espacio y lo ordenaron en función de criterios e intereses particulares de los científicos estrechamente vinculados a las elites gubernamentales –si bien muchas veces, los políticos eran a la vez los científicos e intelectuales de la época–, así como por criterios pensados en el proyecto de conformar un Estado nacional mexicano con elementos específicos.

³⁷ Magali M. Carrera, *op. cit.*, 17-8.

4-LOS MAPAS COMO REFLEJO DE LAS RELACIONES SOCIALES Y DE PODER VINCULADAS AL ESPACIO

Antes de finalizar este trabajo, quiero hacer algunas consideraciones sobre el espacio y su vinculación con la producción de mapas. Si pensamos en el espacio no como un contenedor, ni como un mero escenario donde tienen lugar las dinámicas sociales, sino como un actor mismo, moldeado por las relaciones sociales pero que, a su vez, moldea dichas relaciones, podemos pensar que la representación que de él se plasma en la cartografía está imbuida ella misma de dichas relaciones sociales. “El espacio no es simplemente la suma de territorios, sino una complejidad de relaciones, flujos y fronteras; territorios y vínculos”³⁸, y, según hemos visto, un entramado de relaciones de poder diversas. De esta manera, la interrelación entre lo natural/físico y lo social/humano permea el ámbito de estudio de lo geográfico: “el espacio geográfico es una realidad tanto natural, como material y social”³⁹; y son las relaciones que los individuos establecen entre ellos, y con el medio natural, físico y material, las que producen el espacio. Asimismo, este espacio producido socialmente deviene productor: jerarquiza, potencializa o limita dinámicas sociales, reproduce cosmovisiones, relaciones de poder, en fin, produce él mismo relaciones y dinámicas sociales. En ese sentido, podemos pensar en los mapas como artefactos que contribuyen a producir una noción de tal o cual espacio: “*cartographic institutions and practices have coded, decoded and recoded planetary, national and social spaces... maps and mappings precede the territory they ‘represent’*. As a result, territories are produced by the overlaying of inscriptions we call mappings”.⁴⁰ Es decir que los intereses políticos, jerarquías y demás cuestiones vinculadas a las relaciones sociales y a las relaciones de poder, subyacen en la producción de obras cartográficas. Dicho de otra manera, la producción de mapas de determinada sociedad responde en gran medida a los vínculos, relaciones, tensiones y conflictos entre los diversos actores/sectores sociales que la componen.

Siguiendo esa línea de análisis, hay que recalcar que los mapas elaboran un discurso espacial con aspectos, nociones, silencios e intereses específicos, dependiendo de los objetivos que persigue quien los elabora, y el contexto desde el

³⁸ Doreen Massey, “Geometrías del poder y la conceptualización del espacio” (conferencia dictada en la Universidad Central de Venezuela, 2008), 8.

³⁹ Paul Claval, “El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio”, *Boletín de la A.G.E.*, n° 34, 2002, 29.

⁴⁰ Magali M. Carrera, *op. cit.*, 7.

cual lo hace. La “historia de los mapas, junto con la de otros símbolos culturales, puede ser interpretada como una forma de discurso [...] los mapas como sistemas únicos de signos cuyos códigos pueden ser al mismo tiempo icónicos, lingüísticos, numéricos y temporales, y una forma espacial de conocimiento”.⁴¹ El mapa, en tanto instrumento de conocimiento (que además devino más científico, y, por tanto, supuestamente más exacto y preciso), muestra, produce y reproduce jerarquías, inclusiones, exclusiones, así como una clasificación y visión del mundo: “los mapas siempre representan más que una imagen física del lugar.”⁴²

5-CONSIDERACIONES FINALES

En este trabajo quise hacer una aproximación a la idea de que el poder subyace en la elaboración de toda obra cartográfica. Dicho poder se sustenta en un discurso basado en el conocimiento y la visión que se hace de un espacio. Un espacio que, de por sí, está marcado y atravesado por un sinfín de relaciones sociales, jerarquías, relaciones de poder, conflictos y vínculos simbólico-afectivos entre la población que lo ocupa y dicho espacio –el cual, al mismo tiempo, contribuye a reproducir esa serie de aspectos sociales, jerarquías y dinámicas sociales–. Por ello, hay que recalcar que toda producción cartográfica es reflejo de las relaciones sociales y de poder que subyacen en la sociedad que la elabora. En este sentido, me parece que trascender el supuesto de que un mapa es una obra neutral, objetiva y cien por ciento técnica, resulta fundamental para entender, estudiar y analizar la cartografía.

La elaboración de mapas (en tanto productos/artefactos socioculturales) responde a la serie de aspectos sociales y de poder que están presentes en el momento y en la sociedad que los produce: es decir, posee su propia historicidad. Además, toda obra cartográfica revela una forma específica de ver el mundo, de apropiarse del espacio, de jerarquizarlo y de visibilizar e invisibilizar aspectos que interesan a quien elabora tal o cual mapa. En este sentido, un mapa está lleno de representaciones socioculturales. Por ello el cartógrafo deviene actor fundamental, pues muestra sus propias inquietudes, valores y maneras de ver el mundo y el espacio en sus obras. De ahí que resulte elemental entender el vínculo que existe

⁴¹ J. B. Harley, *op. cit.*, 108.

⁴² *Ibid.*, 75-6.

entre el cartógrafo y el Estado, o entre él y las instituciones y círculos políticos o intelectuales en un contexto histórico dado. Como ejemplo de ello me referí a los cosmógrafos reales y su relación con el Estado monárquico español, y en particular a la labor de Humboldt y de geógrafos del México independiente como Manuel Orozco y Berra o Antonio García Cubas. Su manera específica de concebir el conocimiento geográfico y de emplearlo a través de estudios estadísticos y cartográficos, se inserta en un contexto histórico concreto: ya sea en el contexto del reformismo borbónico y su intento de afianzar la administración y control sobre el territorio virreinal, o el del Estado-nación del siglo XIX, que buscaba delimitar un territorio de alcances nacionales, visualizar su espacio y su población, la vinculación entre conocimiento geográfico y producción de mapas está íntimamente relacionada con los intereses de los gobiernos, los lazos entre científicos y gobernantes, así como con el particular contexto del cartógrafo. Todo ello permite apreciar la relación entre poder político, saber geográfico y la construcción de un discurso espacial-visual (y de poder) a través de las obras cartográficas.

6-BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Benedict. 2011. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica.
- Azuela Bernal, Luz Fernanda. 2003. “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la Geografía y la construcción del país en el siglo XIX”. Boletín del Instituto de Geografía UNAM: 153-166.
- Carrera, Magali M. 2011. Traveling from New Spain to Mexico. Mapping practices of the nineteenth-century Mexico. USA: Duke University Press.
- Carta del Barón de Humboldt al Virrey Iturrigaray, 3 de enero de 1803.
- Carta de Iturrigaray al Barón de Humboldt, 20 de enero de 1804.
- Chartier, Roger, 2005. “La nueva historia cultural”. El presente del pasado. Escritura de la Historia, Historia de lo escrito. México: Universidad Iberoamericana: 13-38.

- Claval, Paul. 2002. Enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio. *Boletín de la A.G.E.*: 21-39.
- Craib, Raymond. 2013. *México cartográfico. Una historia de límites fijos y paisajes fugitivos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Díaz Ángel, Sebastián. 2009. Aportes de Brian Harley a la nueva historia de la cartografía y escenario actual del campo en Colombia, América latina y el mundo. *Historia crítica* (septiembre-diciembre): 180-200.
- Ferguson, James y Akhil Gupta. 2008. Más allá de la <<cultura>>: espacio, identidad y las políticas de la diferencia. *Antípoda*, (julio-diciembre): 233-256.
- Irma García Rojas. 2008. “El estudio histórico de la cartografía”. *Tawká, Revista de Historia*, (primavera): 11-32.
- Foucault, Michel. 1988. El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología* (julio-septiembre): 3-20.
- Harley, J. Brian. 2005. *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Humboldt, Alexander von, Expediente 24. *Tablas geográficas políticas del reino de Nueva España que manifiestan la superficie, población, agricultura, fábricas, comercio, minas, rentas y fuerza militar presentados al excelentísimo señor virrey por el Barón Alejandro de Humboldt, 1802-1803*, Archivo General de la Nación, Instituciones coloniales, volumen 72, fojas 1-21.
- _____. 1827a. *Ensayo político sobre la Nueva España, tomo I*. París: Imprenta de Paul Reouard.
- _____. 1827b. *Atlas Geográfico y físico de la Nueva España..* París: Imprenta de Paul Reouard.
- Ibarra García, María Verónica. 2012. Espacio: elemento central en los movimientos sociales por megaproyectos. *Desacatos* (mayo-agosto): 197-219.
- Lefebvre, Henri. 1974. *Espacio social. La producción del espacio*. España: Editorial Capital Swing: 125-216.

- Maseey, Doreen. 2007. Geometrías del poder y la conceptualización del espacio. Conferencia dictada en la Universidad Central de Venezuela.
- Mayer Celis, Leticia. 1999. Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX. México: El Colegio de México.
- Mendoza Varga, Héctor y Carla Lois. 2009. Historias de la cartografía en Iberoamérica. Nuevos caminos, viejos problemas. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Montoya Arango, Vladimir. 2007. El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía. *Universitas Humanística* (enero-junio): 155-179.
- Pichardo, Hugo. 2004. Hacia la conformación de una geografía nacional: Antonio García Cubas y el territorio mexicano, 1853-1912. Tesis de Maestría en Historia de México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Zermeño, Guillermo, 2017. “Giro crítico de la historiografía”, en: *Escrituras de la Historia. Experiencias y conceptos*, Laurence Coudart y Luis Gerardo Morales Moreno, coords. México: Editorial Itaca/Universidad Autónoma del Estado de Morelos: 59-96.